

che; el domingo era su día más ocupado. Limpiaba su cuarto, arreglaba sus ropas, sucediéndole muchas veces no poderse peinarse hasta las cinco de la tarde. Sin embargo, algunos días sacaba al niño, haciéndole dar un largo paseo á pié por el lado de Neuilly, entrando, á la vuelta, en una lechería á tomar un vaso de leche. Juan se desdenaba de tomar parte en esas excursiones; de tarde en tarde iba á verla alguna noche entre semana, marchándose en seguida con pretexto de otras visitas; ya no pedía dinero, pero se presentaba con una expresión tan melancólica, que su hermana, inquieta, tenía siempre para él una pieza de cien sueldos. Este era su lujo.

— ¡Cien sueldos! — exclamaba Juan. — ¡Por vida de!.. ¡Qué buena eres!.. Precisamente la mujer de un papalista...

— ¡Calla! — interrumpía Dionisia. — No tengo necesidad de saberlo.

Pero él creía que su hermana le acusaba de vanidoso.

— Te digo que es la mujer de un papalista... ¡Oh!.. una cosa magnífica!..

Pasaron tres meses. Llegó la primavera; Dionisia rehusó volver á Joinville con Paulina y Baugé. Diferentes veces les encontró en la calle Saint-Roch, al salir de casa de Robineau. Una noche que encontró á Paulina sola, ésta la confió que tal vez se casaría con su amante, si bien vacilaba, porque en *La Dicha de las Damas* no querían oficialas casadas. Dionisia, sorprendida con aquella idea matrimonial, no se atrevió á dar ningún consejo á su amiga. Pocos días después Colombar la detuvo junto á la fuente para hablarla de Clara, que atravesaba precisamente la plaza. Dionisia trató de escapar, porque la suplicaba preguntára á su antigua compañera si quería casarse con él. ¿Qué les había dado á todos para pensar tanto en el porvenir? Ella se consideraba muy dichosa con no amar á nadie.

— ¿Sabeis lo que ocurre? — la preguntó el comerciante de paraguas al volver una noche.

— No, señor Bourras.

— Pues bien, esos villanos han comprado el hotel Duvillard... ¡Estoy cercado!..

Al decir esto agitaba sus grandes brazos, en una crisis de furor que erizaba su blanca cabellera.

— Un negocio que nadie comprende — repuso. — Según parece, el hotel pertenecía al *Credito Inmueble*, cuyo presidente, el

baron Decker, acaba de cederlo á nuestro célebre Mouret. Ahora me cercan por derecha, por izquierda, por detras, del mismo modo que yo tengo en mi mano el puño de este baston.

Era cierto; la víspera habían firmado la escritura. La casita de Bourras, oprimida entre *La Dicha de las Damas* y el hotel Duvillard, pegada allí como un nido de golondrina en una fachada, parecía deber ser tirada en el momento en que el almacén llegara al hotel, y ese día había llegado; el coloso rodeaba aquel débil obstáculo, cegándole con sus amontonamientos de mercancías, amenazando devorarlo, absorberlo, con la fuerza de su gigante respiración. Bourras veía la presión que iba á hacer estallar su tienda. Creía verla disminuirse, temiendo ser él mismo tragado y pasar al otro lado con sus paraguas y bastones, tal estruendo oía á su alrededor.

— ¿Eh? ¿los oís? — gritaba — parece que muerden las paredes; en la cueva, en el desvan, por todas partes ese ruido de sierra mordiendo el yeso... ¡No importa! No me arrollarán como una hoja de papel. ¡Permaneceré aquí aun cuando hagan saltar mis paredes y caiga la lluvia á cántaros en mi lecho!

Por entonces Mouret le hizo nuevas proposiciones: aumentarían la cantidad, le comprarían sus géneros y el derecho al arrendamiento en cincuenta mil francos. Semejante oferta redobló la cólera del viejo, y rehusó con mil injurias. Necesariamente, aquellos viles robaban á todo el mundo, cuando querían pagar cincuenta mil francos por una cosa que no valía diez mil! Como una jóven honrada defiende su virtud, así defendía él su tienda en nombre del honor y por respetos á sí mismo.

Durante quince días Dionisia vió á Bourras preocupado, febril, midiendo las paredes de su casa, contemplándola desde en medio de la calle con aire de arquitecto. Por fin, una mañana llegaron los obreros. Era la batalla decisiva; tenía la idea temeraria de batir á *La Dicha de las Damas* en su terreno, haciendo concesiones al lujo moderno. Los parroquianos que le reprochaban lo sombrío de su tienda, volverían seguramente cuando la vieran nueva y resplandeciente. Empezó por cubrir las grietas de la fachada y revocarla; después pintó las puertas de la tienda de verde claro, y llegó su esplendor hasta dorar la muestra. Tres mil francos que Bourras reservaba como un último recurso fueron gastados. En el barrio estaban admirados, venían á contemplarlo en medio de sus riquezas, trastornado, habiendo alterado sus costumbres. No

parecía estar en su casa en aquel marco brillante; iba y venía azorado, con su gran barba y sus espesos cabellos. En lugar de pasar sin fijarse, los transeuntes le miraban extrañados agitar los brazos y cerrar los puños. Poseído de aquella fiebre, temiendo ensuciarse, se abismaba más en el comercio lujoso, del que nada comprendía.

Lo mismo que en casa de Robineau, la campaña contra *La Dicha de las Damas* había empezado en casa de Bourras. Este último acababa de dar al público su invención, el paraguas doble que más tarde debía popularizarse. *La Dicha* perfeccionó en seguida la invención. Entónces se entabló la lucha en los precios. Bourras tenía un artículo á un franco con noventa y cinco, montado en acero, segun decia la etiqueta. Pero sobre todo queria vencer á su adversario en los puños: los tenía de bambú, cornizola, olivo, mirto, rotin, todas las variedades de mangos imaginables. *La Dicha*, ménos artista, cuidaba de las telas, vendiendo alpacas, moarés, sargas y tafetanes dobles, y ganó la victoria. Bourras, desesperado, repetía que el arte estaba perdido, pues se veía reducido á tallar sus mangos por placer, pero sin esperanza de venderlos.

—¡Mia es la culpa!—decía á Dionisia.—¡Debia haber vendido obscenidades á un franco noventa y cinco!.. ¡Ved á dónde os pueden conducir las nuevas ideas! He querido seguir el ejemplo de esos bandidos, tanto mejor si estallo.

Julio fué muy caluroso; en su estrecho cuarto Dionisia sufría todos sus rigores. Así es que al salir del almacén cogía á Pepé, y en lugar de subir á su habitacion se marchaba á respirar un poco de aire al jardín de las Tullerías hasta las verjas. Una tarde, bajo la sombra de unos castaños, paróse como asustada: á pocos pasos, y frente de ella, creyó reconocer á Hutin; luégo su corazón latió violentamente: era Mouret, que habia comido en la orilla izquierda y que se dirigia á pié á casa de Mme. Desforges. Al movimiento brusco que hizo Dionisia para huir, Mouret miró. La noche se acercaba, pero no obstante la reconoció.

—¡Sois vos, señorita!

Ella no respondió, atónita de que se dignára pararse. Mouret ocultaba bajo una sonrisa protectora su emocion.

—¿Estais todavía en París?

—Sí, señor—respondió al fin Dionisia.

Lentamente retrocedía, tratando de saludar y continuar su

marcha; pero él llevaba el mismo camino y la seguía bajo la sombra de los grandes castaños. El ambiente era fresco, y á lo lejos se oían las risas de los niños arrojando sus volantes.

—Éste es vuestro hermano, ¿no es verdad?—preguntó mirando á Pepé.

—Sí, señor—respondió ella.

Recordaba las abominables invenciones de Clara y Margarita, y esta idea la hacía ruborizar. Mouret comprendió la causa de su rubor, y dijo vivamente:

—Escuchad, señorita; tengo que daros una satisfaccion... Si, hubiera tenido un placer en deciros ántes cuánto he sentido el error cometido... En fin, el mal está hecho; solamente queria deciros que en nuestra casa todos conocen hoy que el cariño que profesais á vuestros hermanos...

Mouret continuó con una política afectuosa, á la que no se hallaban acostumbradas las oficiales de *La Dicha de las Damas* de parte de él. La turbacion de Dionisia aumentaba, pero el júbilo inundaba su corazón al oír que no creía la calumnia lanzada contra ella. Seguían andando en silencio uno al lado de otro, arreglando sus pasos por los del niño. Los lejanos rumores de París morían bajo las negras sombras de aquellos corpulentos árboles.

—Debo, señorita, ofrecer os una rehabilitacion—prosiguió.—Si quereis volver á nuestra casa...

Dionisia le interrumpió rehusando con viveza febril.

—No puedo, caballero... os doy gracias por todo, pero he hallado otra.

Mouret lo sabia; se lo habian dicho poco despues de entrar Dionisia en casa de Robineau. Tranquilamente, bajo un pié de amable igualdad, le habló de este último, aunque haciéndole justicia: era un jóven inteligente, aunque exaltado. Caminaba á una catástrofe; Gaujean le habia empujado al mal negocio en que se hallaban. Entónces Dionisia, subyugada por aquella familiaridad, se anegó también en ella, dejando ver que en la batalla dada por el pequeño comercio á los grandes almacenes estaba de parte de estos últimos: al hablar se animaba, citando ejemplos, mostrándose al corriente de la cuestion, exponiendo multitud de ideas nuevas y grandes. Mouret, encantado, la escuchaba con sorpresa. Volvióse, tratando de descubrir sus facciones en la creciente oscuridad. Parecía la misma de siempre, vestida

con sencillez, con la expresion de dulzura en el rostro; pero de esta oscura modestia se exhalaba un perfume penetrante, del que sentía el poder. Sin duda aquella pequeña se habia hecho mujer bajo la influencia del aire de París, y estaba encantadora, aunque juiciosa, con sus hermosos cabellos.

—Puesto que sois de las nuestras—dijo riendo—¿por qué permaneceis en casa de nuestros adversarios? También me han dicho que habitais la casa de Bourras.

—Un hombre muy digno—murmuró Dionisia.

—No; decid más bien un viejo maniático, un loco, que me obligará á dejarlo en la calle, cuando yo queria desembarazarme de él dándole una fortuna. Además, vuestro puesto no está allí, su casa está mal reputada, viven allí personas...

Comprendiendo la confusion de la jóven, se apresuró á añadir:

—En todas partes se puede ser honrada, y áun es más mérito serlo cuando no hay riquezas.

De nuevo siguieron andando en silencio. Pepé escuchaba con la atencion de un niño precoz, mirando de cuando en cuando á su hermana, cuya mano ardiente y temblorosa extrañaba.

—¡Mirad!—dijo alegremente Mouret—¿quereis ser mi embajador? Mañana tengo intencion de que hagan nuevas proposiciones á Bourras, aumentando áun más mi oferta, hasta ochenta mil francos... Habladle la primera. Decidle que es un suicidio lo que hace. Tal vez os escuchará, puesto que os tiene cariño, y le habréis hecho un verdadero servicio.

—¡Sea!—respondió Dionisia sonriendo también.—Haré la comision, pero dudo del resultado.

Quedaron silenciosos; ni el uno ni el otro tenían que decirse. Por un momento trató de hablar del tío Báudu, pero calló en seguida al ver la violencia que ella se hacia. Salieron por fin por el lado de la calle Rivoli á un paseo donde todavía era de día. Al salir de la sombra de los árboles fué como un despertar brusco. Comprendió que no debía acompañarla más.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, caballero.

Pero Mouret no se marchaba. Alzó los ojos y vió delante de sí, en una esquina de la calle de Argel, las ventanas alumbradas de Mme. Desforges que le esperaba. Fijó despues su mirada en Dionisia, y á la pálida luz del crepúsculo la contempló, pareciéndole inferior y mezquina al lado de Enriqueta. ¿Por qué, pues, le latía

á su lado el corazon de tal manera? Era un capricho imbécil.

—El niño se cansa—exclamó por decir algo.—Ya lo sabeis, nuestra casa está abierta para vos, no teneis más que llamar, y os daré todas las compensaciones posibles... Adios, señorita.

—Buenas noches, caballero.

Al separarse de Mouret, Dionisia entró otra vez bajo la sombra de los castaños. Por largo tiempo anduvo sin objeto entre los enormes troncos, con el rostro encendido y zumbándole en la cabeza ideas confusas. Pepé, siempre asido á su mano, alargaba sus cortas piernas para seguirla, concluyendo por decir:

—Andas muy deprisa, mamáita.

Dionisia se sentó en un banco, y como el niño estaba cansado se durmió en los brazos de su hermana, que le oprimia dulcemente contra su pecho virginal, con la vista perdida en el fondo de la oscuridad. Una hora despues volvió con él lentamente á la calle de la Michodière, con su apariencia tranquila de jóven virtuosa.

—¡Trueno de Dios!—la gritó Bourras al verla desde lejos;—ya han dado el golpe... ese canalla de Mouret acaba de comprar mi casa.

Se hallaba fuera de sí y pateaba en medio de la tienda, con gestos tan desordenados que amenazaba romper los cristales.

—¡Ah, ambiciosos!.. Me lo escribe el frutero. ¿Sabeis en cuánto la han vendido? En ciento cincuenta mil francos, cuatro veces más de lo que vale; ¡otro ladron! Imaginaos que ha puesto por pretexto mis mejoras; sí, ha hecho valer que la casa habia sido revocada.

La idea de que su dinero gastado en pinturas hubiera aprovechado al frutero le exasperaba; y ahora era Mouret su propietario: á él era á quien tenia que pagar la casa y quien la alquilaria en adelante. Este pensamiento le enfurecia.

—¡Ah! ya los oigo agujerear el muro... Á estas horas ya están aquí, es como si yo comiera en su plato.

Golpeando con su puño en el mostrador hacia retemblar la tienda y danzar los paraguas y sombrillas.

Dionisia, aturdida, no acertaba á decir una palabra, esperando inmóvil el fin de la crisis, mientras Pepé, rendido, se dormia sobre una silla. Por fin, cuando Bourras se calmó un poco, resolvió cumplir la comision de Mouret; áun cuando el viejo es-

taba irritado, el mismo exceso de su cólera, la situación en que se encontraba, podían determinar una aceptación repentina.

— Precisamente — empezó diciendo ella — he encontrado á una persona de *La Dicha*, y muy bien informada... Parece que mañana os ofrecerán ochenta mil francos...

Bourras la interrumpió con terrible voz:

— ¡Ochenta mil francos! ¡ochenta mil francos!.. Ni por un millón.

Ella quiso darle razones; pero cuando le hablaba de sus intereses se abrió la puerta de la tienda y Dionisia retrocedió, pálida y enmudeciendo de repente. Era su tío Baudu, con su cara amarilla y arrugada. Bourras asió los botones del paletó de su vecino, gritándole junto á la cara sin dejarle decir una palabra, alentado con su presencia:

— ¿Sabeis lo que han tenido valor de ofrecerme? ¡Ochenta mil francos! ¡Así son esos bandidos! creen que me voy á vender como una mujerzuela... ¡Ah! porque me han comprado la casa piensan tenerme cogido. Pues bien, se acabó, no la tendrán. Puede ser que yo hubiera cedido; pero puesto que la casa es de ellos, ¡que vean por donde la cogen!

— ¿Entónces es verdad la noticia? — dijo Baudu lentamente; — me lo habían asegurado y venía á saberlo.

— ¿Ochenta mil francos? — repetía Bourras; — ¿por qué no cien mil? Todo ese dinero me indigna. ¿Creen que me harán cometer una picardía con ese dinero?.. No lo conseguirán, ¡trueno de Dios! Nunca, nunca; ¿ois?

Dionisia salió de su silencio para decir con calma:

— Lo conseguirán dentro de nueve años, cuando vuestro compromiso haya terminado.

Á pesar de la presencia de su tío, trató de convencer al viejo á que aceptára. La lucha contra una fuerza superior era imposible; á no estar demente no debía rehusar la fortuna que se le presentaba. Pero él respondía siempre que no con la cabeza; dentro de nueve años esperaba morir ántes que ver tal cosa. Jamas, interin él viviera, sería y lo juraba con imprecaciones, alzando los puños al cielo.

— ¿Ois, señor Baudu? vuestra sobrina está con ellos, la han encargado de que me convenza... está de parte de esos bribones, ¡palabra de honor!

Hasta entónces el tío parecia no haberla visto. Alzó la cabeza

con aquel movimiento desdenoso que aparentaba en el dintel de su tienda, siempre que ella pasaba. Volviéndose despues lentamente, la miró. Sus labios temblaron al decir á media voz:

— Ya lo sé.

Y continuó mirándola. Dionisia, á traves de sus lágrimas, le halló muy cambiado por las penas. Pensaba tal vez con remordimiento que no la habia socorrido en la miseria que acababa de atravesar. Contempló luégo á Pepé dormido sobre una silla en medio del estruendo de la discusion, y enterneciéndose repentinamente,

— Dionisia — dijo con sencillez — desde mañana vén á casa con el niño á cenar... Mi mujer y Genoveva me han encargado te lo dijera así, si te veia.

Dionisia conmovida abrazó á su tío, y cuando éste iba á partir, Bourras, satisfecho de esta reconciliacion, le dijo:

— Mimadla, en el fondo es buena... En cuanto á mí, si la casa se hunde, me hallarán bajo los escombros.

— Nuestras casas crujen ya, vecino — dijo Baudu con voz sombría, pero todos permaneceremos quietos.